

¿El que nada sabe nada teme?

Jesús Cortés Vera



En estos días de confinamiento he recordado mucho una frase que utilizaba con frecuencia un compañero de la secundaria, hace ya medio siglo. En épocas de exámenes se le veía tranquilo y él decía que no tenía muchas dudas sobre los temas relacionados con el examen, porque tampoco sabía nada al respecto. “El que nada sabe nada teme”, nos decía.

Con el paso del tiempo me di cuenta que la frase, que entonces nos parecía divertida, en realidad tiene bastante sentido: muchas de nuestras angustias provienen de que tenemos información sobre algo que nos interesa, pero a la vez nos preocupa no tener la información más precisa o en la cantidad necesaria.

Por inquietudes personales y profesionales, he estado observando en las últimas semanas una gama de situaciones que se han presentado con relación a la divulgación y uso de la información en torno al COVID-19. Una característica propia

de esta pandemia, es que nunca antes el ciudadano común había tenido acceso a tanta información, relacionada con los posibles orígenes del virus, con la evolución de la pandemia, con tratamientos y con otros temas relacionados. A este cúmulo de información han colaborado las aportaciones espontáneas —seguramente con buena intención casi siempre— de los usuarios de las redes sociales.

Desde hace años se habla de la infoxicación y del estrés que provoca tratar de lidiar con tanta información con la que tenemos contacto, buena parte de la cual ni siquiera la buscamos. Pero ahora le agregamos que mucha de esa información corresponde a notas falsas; nos hemos familiarizado con el término *fake news* y ahora lo estamos haciendo con palabras que indican ciertas variantes que conviene distinguir: “desinformación” (información falsa, deliberadamente creada con el propósito de dañar a alguien), “misinformación” (información errónea, pero no creada con mala intención) y malinformación (información maliciosa, que tiene una base real, pero utilizada para dañar). Otro término reciente, promovido por la misma Organización Mundial de la Salud es el de “infodemia”, que hace referencia a una sobreabundancia de información, no siempre proveniente de fuentes confiables, que dificulta a las personas el identificar la información que mejor les puede servir de guía.

Las motivaciones para que una persona quiera lidiar con toda la información que está a su alcance parecen ser diversas: desde una preocupación legítima por tener la información necesaria para cuidar mejor a la familia, hasta un simple deseo morboso de conocer sobre noticias tenebrosas, referidas a situaciones en las que difícilmente podemos aportar algo. Por supuesto están también quienes asumen —consciente o inconscientemente— que demostrar a los de-



más que están mejor informados les otorga un cierto estatus social; de ahí que abundan los casos de familiares, amigos y colegas que nos envían a cualquier hora materiales de los que tal vez al principio acusaremos recibo y responderemos con un comentario, pero que al paso de los días los ignoraremos.

En este confinamiento hemos tenido abundantes oportunidades de escuchar o leer sobre teorías de la conspiración que tanto nos atraen, posiblemente porque apelan a nuestros instintos y sentimientos más primitivos. En algunos sitios de internet hay quienes han hecho compilaciones y destacado las versiones más insólitas. Los audios de WhatsApp de alguna manera suenan más macabros, porque regularmente no se sabe quién es el que habla, no se tiene certeza en dónde se grabó el audio y a veces ni siquiera se sabe si es una grabación reciente.

La situación para buena parte de la población mexicana es más complicada, porque desconfiamos tradicionalmente de los datos oficiales. Por otro lado, una baja proporción de la población estaría en condiciones de aprovechar la gran cantidad de información científica que se ha puesto disponible en acceso abierto, en parte por el nivel técnico del lenguaje utilizado, en parte también porque un alto porcentaje de esa información estará publicada en inglés.

No dejan de llamar la atención las recomendaciones de algunas autoridades y organismos de salud que sugieren limitar el contacto diario con notas informativas relacionadas con el COVID-19. La primera recomendación en este sentido la leí en una guía elaborada por las autoridades de una ciudad de la costa occidental de los EUA, después la he visto repetida en otros documentos.



Las tecnologías de la información y la comunicación, como internet y las redes sociales han significado una gran diferencia en la forma en que hemos enfrentado la crisis del coronavirus. La posibilidad de mantenerse en comunicación con los seres queridos y el acceso a medios culturales y de entretenimiento han hecho más llevadero el aislamiento; han permitido también mantener en cierto nivel la actividad productiva en algunos rubros; nos han permitido conocer medidas adoptadas por las autoridades; sin embargo, han colaborado también a que exista un mayor desasosiego.

Espero que esta pandemia nos deje, entre tantas otras enseñanzas, un mayor aprecio de la importancia de la información, del estratégico papel que juegan quienes generan y distribuyen información confiable y también sobre la importancia de saber administrarla.

Retomando la pregunta original: “¿El que nada sabe nada teme?”, considero que la información —si proviene de fuentes confiables y la administramos bien— siempre nos ayudará a tomar mejores decisiones y con ello a sentirnos más tranquilos.

